

La conciencia moderna del tiempo

Sonia Torres Ornelas

Universidad La Salle,
Ciudad de México

Resumen

Este texto es un intento de expresar, y eventualmente definir, la conciencia moderna del tiempo a partir de las dos concepciones principales: la del pensamiento arcaico, basado en los movimientos y los cambios de la naturaleza, y la del pensamiento ilustrado o racional, donde el tiempo aparece como una línea recta que no repite jamás.

Abstract

This text is an attempt to express, and eventually to define, the modern conscience of time, taking into account two main ways of thinking. Firstly, that one formulated by the archaic thought, based on movements and changes of nature; secondly, that one became from the illustrated or rational thought, in which, time appears as a line that never returns on itself.

Hecho de polvo y tiempo, el hombre
dura menos que la liviana melodía
que sólo es tiempo.

Jorge Luis Borges, *El tango*

La filosofía es un laberinto interminable en el que el tiempo es el lugar enigmático por excelencia. En el pensamiento arcaico, éste aparece fundamentalmente relacionado con el cambio; las estaciones implican cambios locales que se conciben como etapas: tiempo de sembrar y tiempo de cosechar; tiempo de lluvias y tiempo de sequía; tiempo de calor y tiempo de frío. La experiencia primitiva es la de las variaciones relativas que funcionan como criterio para

decidir la inseparabilidad entre el tiempo y el movimiento del mundo. La filosofía naturalista conserva este sentido del tiempo vinculado al movimiento y al cambio, a los ciclos y las repeticiones propias de la inmanencia.

El advenimiento de la ilustración griega implica un cambio de perspectiva. En el diálogo *Timeo*, Platón orienta su consideración del tiempo en relación con la eternidad definida como una entidad noética a cuyo respecto el tiempo físico no es más que una pálida imagen. La metafísica tiene como *leitmotiv* las oposiciones entre la eternidad y el tiempo, que manifiestan el sistema de jerarquías según toda la positividad del Ser del lado de lo eterno, inmutable e incorruptible, y por tanto lo verdadero. El tiempo, que es solamente un reflejo de la eternidad, indica los procesos del nacer y el perecer que dan carácter a las cosas efímeras y contingentes.

La metafísica tradicional pone en juego tres sentidos del tiempo

- Tiempo físico. Aquel que opera como número del movimiento según el antes y el después, y se constituye con los cuerpos en movimiento. El tiempo físico es homogéneo, una magnitud divisible y continua, es decir, el tiempo en relación con el espacio, con los transportes locales (*phora*). Por este motivo, es preciso tener en cuenta la analogía de distancia y duración mediante dos opuestos. Uno, el de los términos *lejos-cerca*, que forman la distancia, la señal espacial; el otro, el de los términos *antes-después*, que aportan el signo de la duración. La invisibilidad del tiempo se zanja con la visibilidad del espacio: el tiempo *se ve* en el movimiento del Sol, de la Luna, de los astros.

- Tiempo metafísico. Lo temporal concebido en oposición a lo eterno. Para los griegos, la eternidad es vida infinita, la que no pierde nada de sí misma, porque *es siempre* (*Aei on*), Aión que no conoce ni futuro ni pasado. El Aión *es; no era ni será*. Perpetuamente presente a sí misma en su totalidad, no siendo jamás esto y

después aquello, esta vida es siempre todo a la vez. El tiempo que deviene es el reverso de este tiempo absoluto del Aión atemporal. El tiempo en tanto que devenir jamás es idéntico, fijo, uno, todo.¹ El sentido metafísico del tiempo, es decir, lo eterno, es lo que, en tanto ser, no deviene, porque está fuera del tiempo y nos remite a una identidad de esencia.

- Tiempo gramatical. El tiempo entendido a partir de los tiempos de la conjugación. Con-jugar es ligar morfológicamente lo temporal con lo verbal; estar obligado a elegir, de modo exclusivo, una modalidad temporal. San Agustín sabe percibir la inscripción del tiempo en la conjugación, pasado, presente, futuro. Da una lectura del lugar, tal y como lo plantea la gramática. *De dónde (unde), por dónde (qua), hacia dónde (quo)*. De dónde viene indica futuro. Por dónde pasa, indica presente. A dónde va indica pasado. Así, de lo que *no es aún* (futuro), a través de lo que *es sin extensión* (presente), transcurre hacia lo que *ya no es* (pasado).²

En las primeras páginas de su *Física*, Aristóteles se ocupa del espacio y la geometría; trabaja sobre el plano de la naturaleza, sobre el movimiento (*kinesis*). Tardíamente se ocupa del tiempo; dice que el pasado no es, y el futuro aún no es. Cuando San Agustín lee a Aristóteles, plantea que si el pasado ya no es y el futuro todavía no es, necesariamente el presente tampoco es. Lo que nos autoriza a afirmar que *el tiempo es*, es que tiende a *no ser ya*, pues, para no confundirse con lo eterno, tendrá que reunirse lo antes posible con el pasado y solamente *podrá ser* en tanto que *deja de ser*.

¹ Cfr. Francois Jullien, *Del tiempo. Elementos de una filosofía del vivir*, p. 21. Jullien indica que el tiempo, lo temporal, permanece como una imagen derivada del Otro: su unidad ya no es indivisible, sino continua; lo infinito ya no es su todo, sino su término, este todo jamás está reunido sino siempre diferido. ¿Por qué y cómo la eternidad produce tiempo? Agustín dice que Dios crea el tiempo con el mundo; Platón, que el Demiurgo concibe, en un mismo cálculo, el engendrar el cielo y el tiempo. Ya no hay que preguntarse qué hacía Dios antes de la creación del mundo, pues no es en el tiempo como Él precede a los tiempos.

² Cfr. *ibid.*, p. 32.

De acuerdo con su definición física, el presente es tan solamente un punto sin extensión, un instante sin ahora; es el instante que separa el futuro del pasado, sin ser, él mismo, una parte del tiempo. Concebir el tiempo entre un comienzo y un fin, punto de partida y de llegada, es mantener un dominio frente a los procesos y su lógica de inmanencia.

Para los griegos, *el tiempo es el número del movimiento*, implica que el tiempo está plegado, puesto en círculo, esto es, que el tiempo es cíclico. En el *Timeo* (38b-39^a) Platón habla del arco del Demiurgo cuya actividad consiste en curvar. El tiempo antiguo opera lo que para los griegos constituye el acto supremo, la limitación. El límite es *Péras*, acto de limitar, de establecer un contorno. A esta imagen del tiempo esencialmente curvo se le opone la imagen del tiempo como línea recta. En la modernidad filosófica se alcanza el punto culminante de esta concepción del tiempo como línea recta; inclusive se habla de *la flecha del tiempo*. Un tiempo en el que la noción de límite no designa ya el acto de limitar; ahora quiere decir lo que está al extremo, es decir, el límite se explica en términos de lo que tiende a un término. La paradoja es que el límite es tendencia al límite. De este modo, el tiempo moderno es concebido como pasaje o tendencia y, a la vez, aquello hacia lo que algo tiende.³

Kant es el gran revolucionario del tiempo. Inspirado en este filósofo alemán, Hölderlin dice lo que sucede cuando el tiempo deviene línea recta. Este poeta plantea el problema a propósito de la tragedia ática de Esquilo y de Sófocles: *Antígona* y *Edipo*. Esquilo crea lo trágico del tiempo cíclico, descrito con tres arcos de círculo de valores desiguales: primero está el momento de la limitación, es decir, el momento de la justicia. Agamenón es la figura trágica que expresa la belleza de la limitación real. Luego está el momento de la violación del límite, el acto transgresor de la desmesura, cuya figura es Clitemnestra, quien asesina a Agamenón. El tercer momento indica la reparación, o sea el restablecimiento del límite

³ Cfr. Gilles Deleuze, *Kant y el tiempo*, p. 50.

que había sido excedido. La figura de la expiación es Orestes, el vengador de la muerte de Agamenón. El ciclo del tiempo trágico es el de la limitación, la transgresión y la reparación. Se trata de un tiempo calcado sobre el tiempo astronómico, y por tanto, de un tiempo arqueado.

Sófocles funda lo trágico moderno, es el primero en descurvar el tiempo. El tiempo lineal es el de Edipo. Antes de Sófocles, dice Hölderlin, en la tragedia griega es el hombre el que se sustrae al límite: el hombre transgrede el límite (por eso se sustrae a él). En *Edipo* es el límite el que se sustrae, es el tiempo el que se convierte en puro pasaje al límite. En *Edipo, el comienzo y el final ya no riman*.⁴ La rima a la que Hölderlin se refiere es el arco, la curvatura del tiempo. En el tiempo cíclico el comienzo y el final armonizan gracias a la reparación.

Inicio y final ya no riman, ya no se encuentran en la reparación; de hecho, el régimen de las tres etapas, limitación, transgresión y reparación, solamente funciona en el tiempo circular. Pero sucede que en *Edipo* el tiempo ha devenido una línea recta. Edipo vaga errante en esta línea; su vida se convierte en una muerte lenta, porque transcurre como puro diferir, como prórroga sin fin, como aplazamiento doloroso. Edipo está atravesado por esta línea recta que lo arrastra, ¿a qué lugar?, a ninguno, a nada, porque no hay acuerdo entre el comienzo y el final, lo que hay es un instante cero.

Según Hölderlin, lo que define el tiempo moderno es este instante cero. Y, al hablar del tiempo moderno, se refiere tanto a la tragedia salida de la dramaturgia de Sófocles como a la modernidad filosófica surgida con Descartes. En ambos casos, la conciencia moderna del tiempo está marcada por un grado cero, por una cesura: la cesura de un presente puro, la de un instante sin extensión que distribuye un antes y un después, un pasado y un futuro asimétricos.

Gilles Deleuze hace una lectura muy pulcra del problema del tiempo en Kant, desde tres (a veces cuatro) fórmulas poéticas: la primera es la de *Hamlet*, de Shakespeare; la segunda, una fórmu-

⁴ Cfr. Friedrich Hölderlin, *Ensayos*, pp. 44-133.

la anónima que dice que nos hemos ocupado mucho del espacio, pero que ahora es urgente pensar el tiempo; y la tercera, la fórmula de Rimbaud: *Yo es otro*. Hamlet expresa el tiempo emancipado de sus goznes, es decir, el tiempo convertido en una línea recta donde algo se sustrae constantemente. Ya no es Hamlet quien se sustrae al límite, sino el límite el que se sustrae a Hamlet, como si el límite hilara esa línea recta e impusiera abruptamente un corte.

En *Edipo*, el corte o la interrupción queda asignado a la intervención del adivino Tiresias. Es el instante puro y decisivo cuando se produce, sobre la línea recta, un pasado y un futuro. Un antes y un después que ya no se componen entre sí; antes, la inocencia de Edipo, pues no sabía que había desposado a su madre; después, Edipo atormentado por la noticia inesperada.⁵

Análogamente al *Edipo*, en *Hamlet* lo que distribuye un antes y un después no conciliables es el viaje que el héroe realiza por el mar. A su regreso, dice *hay en mí algo peligroso*. Tan peligroso que lo impulse a darle muerte a su padrastro.

Hölderlin kantiano habla de la cesura como desgarramiento en cuyo límite extremo no queda nada más que las condiciones del tiempo o del espacio. En este límite el hombre se olvida de sí mismo, porque está por entero en el interior del instante determinante.

En el tiempo cíclico hay una especie de relación Dios-hombre que hace uno con el destino en la tragedia ática. Cuando el tiempo se pone en línea recta, hay algo que separa. Hölderlin habla de un doble desvío que decide el trazado del tiempo lineal, y este doble desvío destruye la relación entre Dios y el hombre: Dios se desvía del hombre que se desvía de Dios.⁶

Max Weber dice que *la modernidad es el tiempo en que los hombres desaprendieron a entretenerse con Dios*. Esta bella metáfora la recuperan Adorno y Horkheimer para denunciar el trabajo de la modernidad, obstinada en despojar a la filosofía de todos los

⁵ Cfr. Gilles Deleuze, *Kant y el tiempo*, p. 52.

⁶ Cfr. *ibid.*, p. 53.

mitos. Pero, como diría Lyotard, en ese empeño, la modernidad crea sus propios mitos, sus propias narrativas fabulosas para legitimar sus conocimientos.

Esta disgregación entre la divinidad y lo humano está tratada por Sófocles, quien suele llamar *Atheos* a Edipo. *Atheos* no quiere decir ateo, sino *el separado de Dios*.

En la antigüedad, Dios es quien curva el tiempo; el hombre está puesto en círculo, trenzado con Dios. En la modernidad, el hombre se convierte en la cesura que impide que el antes y el después lleguen a darse un beso.

El tiempo convertido en línea recta es muy complejo. Ya no está subordinado a algo que pasa en él; por el contrario, es todo lo demás lo que queda sometido al tiempo: las cosas se van sucediendo en tiempos diversos, y a la vez son simultáneas en un mismo tiempo. Ya no se trata de definir el tiempo por medio de la sucesión, ni el espacio por medio de la simultaneidad, ni la permanencia por medio de la eternidad. Permanencia, sucesión y simultaneidad son modos o relaciones de tiempo: duración, serie, conjunto son los destellos del tiempo. Todo lo que se mueve y cambia está en el tiempo, pero el tiempo no cambia, no se mueve. Sin embargo, esto no significa que el tiempo sea eterno.⁷

En su *Crítica de la razón pura*, da el sentido íntimo, el tiempo como forma de interioridad. Esto implica el desgarramiento de un Mí mismo que se representa el Yo; la espontaneidad de la determinación, como un Otro que le afecta. Es en este sentido que opera la fórmula de Rimbaud: *Yo es Otro*. Lo que desgarrar mi existencia es la línea del tiempo, pues mientras que en la antigüedad el tiempo limitaba al mundo, en la modernidad el tiempo lo atraviesa todo. Y es que aun cuando el tiempo se dice forma de interioridad, él no nos es interior; más bien nosotros somos interiores al tiempo.⁸

⁷ Cfr. Gilles Deleuze, *Crítica y clínica*, p. 46.

⁸ Para Kant el yo no es un concepto, sino la representación que va pareja a todo concepto; y el Mí mismo no es un objeto, sino aquello a lo que todos los objetos se refieren como la variación continua de sus propios estados sucesivos, y la modulación infinita

La *Crítica de la razón pura* rinde homenaje a Hamlet, que es la figura literaria que pone en escena la línea terrible, incesante, indivisible, del tiempo moderno. Kant sorprende con la tercera de sus críticas, su desafiante obra de madurez filosófica: la *Crítica del juicio*, consagrada a lo Bello y lo Sublime: ahí, lo sensible vale por sí mismo y se despliega en un *pathos* más allá de toda lógica, capta el tiempo en su surgimiento, en la fuente de su hilo y de su vértigo. Ya no se trata de constituir el conocimiento, ni la forma universal del imperativo categórico. Ahora se trata de la unidad indeterminada de todas las facultades, es decir, el Alma que nos hace penetrar en lo desconocido.⁹

En lo Sublime, las diversas facultades se oponen una a la otra en un cuerpo a cuerpo como los luchadores en un pancracio. Cada una de las facultades se ve empujada hasta sus propios límites: la imaginación en lucha con la razón, el entendimiento y el sentido íntimo, la forma interior del tiempo. Los episodios de esta terrible lucha son las dos formas de lo Sublime: lo sublime matemático y lo sublime dinámico. Kant habla de *acorde discordante* para explicar que las diversas facultades se proporcionan mutuamente los armónicos más alejados unos de otros. En la *Crítica del juicio* la separación ya no es cesura o desgarramiento, sino discordancia que forma acorde. Kant compone *una música nueva como discordancia y, como acorde discordante, el origen del tiempo*.¹⁰

A modo de conclusión

Las concepciones del tiempo pueden recuperarse de acuerdo con dos movimientos esenciales: la curvatura y el alisado. El pensamiento arcaico considera el tiempo como una eterna reiteración de eras, porque se rige por la naturaleza y su principio inmanen-

de sus grados en el instante.

⁹ Cfr. Gilles Deleuze, *Crítica y clínica*, p. 53.

¹⁰ *Ibid.*, p. 54.

te, cuyo supuesto es la repetición. La infinita serie de repeticiones se extiende hasta los confines del universo, dando de ese modo el tiempo cósmico. El gesto filosófico iniciado por Parménides, abre una nueva orientación a la filosofía. El Ser se afirma como realidad ideal gracias a un proceso de abstracción. Con Parménides, Ser y Pensar son una y la misma cosa; con Platón, el Ser se identifica con la Idea; Aristóteles lo plantea como Presencia (Ousía). El tiempo continúa siendo curvo, porque, al medir los movimientos astronómicos, adopta su torsión, pero adquiere un sentido matemático.

La conciencia moderna del tiempo surge en el espíritu de la tragedia ática, con el paso errante de Edipo. El tiempo se escinde en pasado y futuro; y esta escisión alcanza al Yo kantiano, porque el tiempo, ahora alisado y convertido en flecha, lo atraviesa todo. El propio Kant da la clave para salir de este *impasse*. La última de sus críticas, la *Crítica del juicio*, aporta los elementos para las filosofías que vendrían.

Hoy se le da un tratamiento diferente al tiempo; se vuelve a pensar el devenir y la eternidad en relaciones muy complejas. Nietzsche elabora una teoría del eterno retorno en sinfonía con la teoría de las fuerzas activas y reactivas, afirmativas y negativas, y la irrupción de lo intempestivo. Bergson afirma la duración real que define como sustancia simple, pero tal simplicidad no implica indivisibilidad, sino una realidad tal que, cada vez que se divide, cambia de naturaleza. Deleuze elabora una fina hipótesis del devenir como paradoja, es decir, como síntesis de pasado-futuro; recupera la figura del Aión que puebla sin saturar la superficie metafísica que el propio Aión va esbozando.

La filosofía de nuestros días crea una nueva armonía entre el tiempo físico o cósmico, el Cronos-Saturno, y el tiempo metafísico, acontecimiento ideal puro, que no opera ya como una forma esencial ni como un *apriori*, sino como un resultado. El tiempo ideal, es decir, el Aión, hay que producirlo. La producción del Aión es la tarea más noble de la filosofía, porque se trata de la producción de una superficie metafísica.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis (2000). *Ficciones*. Madrid: Ed. Alianza.
- Deleuze, Gilles (1996). *Crítica y clínica*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Deleuze, Gilles (2008). *Kant y el tiempo*. Buenos Aires: Ed. Cactus.
- Hölderlin, Friedrich (1997). *Ensayos*. Madrid: Ed. Hiperión.
- Jullien, Francois (2005). *Del tiempo. Elementos de una filosofía del vivir*. Madrid: Ed. Arena Libros.